



# EL DEPORTE EN EL PRIMER PERONISMO

Estado,  
competencias,  
deportistas



# EL DEPORTE EN EL PRIMER PERONISMO

Estado,  
competencias,  
deportistas

El deporte en el primer peronismo : Estado, competencias, deportistas / Rodrigo Daskal ... [et al.]; compilado por Claudio Panella; Raanan Rein. - 1a e. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2019.

359 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-34-1828-4

1. Deporte. 2. Peronismo. 3. Periodismo Deportivo. I. Daskal, Rodrigo II. Panella, Claudio, comp. III. Rein, Raanan , comp.  
CDD 796.08

*Arte y Diseño*

**Anabel Garbet**

*Edición y corrección*

**Nicolás Cataldi**

# **EL DEPORTE EN EL PRIMER PERONISMO**

Estado,  
competencias,  
deportistas

*Raanan Rein  
y Claudio Panella  
(Compiladores)*

*Decana:*  
**Andrea Varela**

*Vicedecano:*  
**Pablo Bilyk**

*Jefe de Gabinete:*  
**Martín González Frígoli**

*Secretaria de Asuntos Académicos:*  
**Ayelén Sidún**

*Secretaria de Investigaciones  
Científicas:*  
**Daiana Bruzzone**

*Secretaria de Posgrado:*  
**Lía Gómez**

*Secretario de Extensión:*  
**Agustín Martinuzzi**

*Secretario de Derechos Humanos:*  
**Jorge Jaunarena**

*Secretario Administrativo:*  
**Federico Varela**

*Secretaria de Finanzas:*  
**Marisol Cammertoni**

*Secretaria de Género:*  
**Flavia Delmas**

*Secretario de Producción  
y Vinculación Tecnológica:*  
**Pablo Miguel Blesa**

## ÍNDICE

- 7 PRESENTACIÓN  
*Por Raanan Rein y Claudio Panella*
- 19 PRIMERA PARTE: Estado y peronismo
- 21 Peronismo y deporte: el rol de la CADCOA  
*Por Rodrigo Daskal y Daniel Szabón*
- 51 Los Campeonatos Infantiles Evita:  
entre la inclusión social y la socialización política  
*Por Claudio Panella*
- 79 Política, deporte y diplomacia cultural: la Nueva Argentina de Perón y los Juegos Panamericanos de 1951  
*Por Raanan Rein*
- 105 La mujer y el deporte en el primer peronismo  
*Por Iván Orbuch*
- 123 Perón, juventud y deporte: la experiencia de la Unión de Estudiantes Secundarios  
*Por Santiago Senén González y Fabián Bosoer*

- 147 SEGUNDA PARTE: Deportes y competencias
- 149 Autódromo, corredores y velocidad.  
Modernismo automotor en la Argentina peronista  
*Por Mariano Gruschetsky*
- 177 Básquetbol: gloria eterna, suspensión perpetua  
*Por Andrés López*
- 189 Los puños del peronismo: postales de los años felices  
del boxeo (1948-1954)  
*Por Juan Pablo Zangara*
- 203 Las finales de 1951 entre Racing y Banfield. Cuando  
*Sportivo Cereijo* venció al equipo de la Nueva  
Argentina de Perón y Evita  
*Por Germán Ferrari*
- 231 Remo: otra víctima del revanchismo antiperonista  
*Por Osvaldo Jara*
- 245 El *rugby* en la Nueva Argentina peronista:  
tensiones y convergencias  
*Por Andrés Reggiani*
- 267 Las raquetas argentinas del primer peronismo  
*Por Leandro De Felippis*
- 281 ¿En la vereda de enfrente? El turf y el peronismo  
*Por Roy Hora*
- 301 Los autores





## ¿En la vereda de enfrente? El turf y el peronismo

Por Roy Hora

### El lugar del turf en la escena deportiva

Es sabido que el primer peronismo (1946-1955) supuso un hito en la trayectoria atlética de nuestro país. En esos años, aumentó el número de practicantes y sobre todo de competidores, mejoró la infraestructura deportiva y también creció la cantidad de espectadores. La proyección internacional del deporte argentino se incrementó gracias al apoyo estatal, y a la vez se acrecentó la relevancia asignada a las disciplinas atléticas en la vida pública. Por todos estos motivos, la era peronista supuso el ingreso del deporte nacional en un nuevo umbral. A ello hay que sumar el plus que le agregaba la identificación de la actividad con un presidente que había sido un atleta destacado en su juventud y que, por razones personales y sin duda también políticas, gustaba mostrarse rodeado de deportistas, principalmente cuando estos disfrutaban de las mieles del triunfo. Por todos estos motivos, no resulta exagerado afirmar que el deporte nunca fue tan visible como en esos años. Y es comprensible que el peronismo se vanagloriara de su contribución al desarrollo del deporte y de las conquistas internacionales que sus esfuerzos estaban haciendo posibles.

Hay, sin embargo, una importante excepción a un panorama pleno de novedades y de triunfos, representada por las carreras de caballos. Como es sabido, el aporte del peronismo



al desarrollo del turf fue modesto y, más importante, mayormente indirecto. Ello fue el producto, en primer lugar, de la asincronía entre el desarrollo del turf y del resto del campo deportivo. Cuando el coronel Juan Domingo Perón alcanzó la presidencia de la nación, el turf ya era una actividad madura y consolidada: poseía un antiguo linaje, concitaba el interés de un público de proporciones solo inferior al del fútbol y movilizaba recursos considerablemente más vastos que este último espectáculo. Mientras que el automovilismo debió esperar a 1952 para contar con un autódromo a la altura de los tiempos (el Autódromo 17 de Octubre, luego rebautizado Autódromo de Buenos Aires Oscar y Juan Gálvez), construido con recursos públicos, ya a comienzos del siglo xx el turf poseía el hipódromo de Palermo, que fue por décadas el estadio más importante de América Latina. Y cuando las canchas de fútbol recién comenzaban a reemplazar sus gradas de madera por tribunas de cemento, el turf había puesto en marcha un segundo gran hipódromo, San Isidro, que en su momento la propia prensa peronista no tuvo empacho en calificar como el “más grandioso del mundo” (*Democracia*, 30 de noviembre de 1952). A esto hay que agregar que ninguna disciplina deportiva se acercaba al turf en lo referido a las remuneraciones que pagaba a sus protagonistas. En la década de 1940, los jugadores de fútbol tenían un tope de ingresos mensuales de 1500 pesos, una cifra que —aun si en algunos casos era superada en arreglos informales— representaba una fracción mínima de lo que embolsaban los *jockeys* de renombre. Para no hablar de los jinetes más consagrados, los que tenían verdadera incidencia sobre el resultado de una carrera, que ganaban fortunas.<sup>1</sup>

Es cierto que, para 1946, el período de apogeo de las carreras de caballos había quedado en el pasado. Nacido en el último tercio del siglo xix, el turf vivió su época de gloria en los años de entreguerras, cuando figuras como Irineo Leguisamo

---

<sup>1</sup> El marco más general de este ensayo lo ofrece el libro *Historia del turf argentino* (Hora, 2014).

y Máximo Acosta, los mayores *jockeys* del período, ocupaban un lugar de privilegio entre los ídolos deportivos más renombrados del país. Su auge coincidió con la vida de los hombres de la generación de Carlos Gardel (que vino al mundo en 1890), para quienes no había espectáculo deportivo más atractivo que el que ofrecía el galope de los veloces purasangre. Criados en una sociedad en la que los caballos eran una presencia cotidiana en calles y caminos, esos hombres conocían y apreciaban el mundo equino por experiencia directa. Para aquellos que llegaron más tarde y vivieron su infancia y juventud en la era del automóvil —el medio de locomoción que comenzó a conquistar el corazón de las clases populares tras la Gran Guerra—, las proezas del caballo de carrera ya no resultaban tan atractivas. De allí que, desde la década de 1920, enfrentado con la competencia que le ofrecían el boxeo y el automovilismo, y sobre todo el fútbol, el hipódromo tuviese más dificultades para mantener la lealtad de las nuevas generaciones.

Pero si, para los años cuarenta, la etapa más dorada de la vida del turf había quedado atrás, el hipódromo todavía conservaba la lealtad de vastas muchedumbres que, en las grandes jornadas del calendario hípico, colmaban estadios con capacidad para cerca de cien mil espectadores. Y aunque el turf ya no crecía al mismo ritmo que el fútbol, a lo largo de todo el segundo cuarto del siglo continuó en expansión (salvo en los años de la Gran Depresión), con más carreras, más espectadores y más apuestas. Al fin y al cabo, la Argentina era el país del caballo y, si bien nuevas disciplinas se sumaban al panteón del deporte nacional, el turf no iba a perder de la noche a la mañana su condición de arraigada pasión popular.

Dotado de una formidable infraestructura, seguido por decenas de miles de aficionados, en la década de 1940 el turf no requería del apoyo del Estado para conservar un lugar central en la oferta de entretenimiento ni para alcanzar nuevos logros deportivos. Más que reclamar ayuda, el hipódromo era una fuente de recursos para el fisco. Popular y pleno de recursos, el turf era indiferente al tipo de benevolencia estatal que tentó a tantos clubes y asociaciones deportivas a cortejar a las autoridades surgidas en 1946. A diferencia del fútbol o el atle-



tismo, el automovilismo o el básquet, el turf no necesitaba al peronismo. Y esta autonomía era especialmente problemática por cuanto las carreras de caballos estaban identificadas, más que cualquier otro espectáculo deportivo, con esa Argentina oligárquica cuya existencia el nuevo Gobierno condenaba y cuya legitimidad negaba.

Ante todo, el hipódromo evocaba al mundo de esa clase alta tradicional que Perón había colocado en el lugar de su principal enemigo político. Allí, en Palermo y en San Isidro, imperaban los grandes apellidos del Jockey Club que simbolizaban ese grupo social. Esos personajes —los Atucha, los Anchorena, los Alzaga Unzué, los Luro, los Martínez de Hoz y otros apellidos característicos de nuestra clase alta— eran los propietarios de los purasangres más costosos y afamados del país. En una sociedad amante de los caballos y familiarizada con el mundo del turf, estos descendientes de la élite social del centenario eran personajes de relieve público por derecho propio. El influjo de este grupo sobre el turf se acrecentaba por cuanto la institución que los reunía, el Jockey Club, no solo era dueña de los dos estadios más importantes del país, sino que también era la autoridad suprema en todo lo referido a su administración y funcionamiento. En síntesis, esa élite era la principal protagonista de la historia del turf argentino, y los hipódromos se movían al compás de sus iniciativas.

Por cierto, no todo había permanecido igual desde el período de apogeo del hipódromo elitista creado en los tiempos de Carlos Pellegrini. En las décadas de entreguerras, la popularización del hipódromo y el ascenso de los jinetes a la categoría de estrellas deportivas habían disminuido la centralidad de los grandes *turfmen* del Jockey Club. Por otra parte, para la década de 1940, la gravitación económica y el ascendiente social de este grupo ya no brillaban con tanta intensidad como en los años del centenario. Pero estos cambios no habían alterado de raíz lo que sucedía en el estadio que, hasta cierto punto, continuaba funcionando como un territorio elitista, como un teatro del poder propietario. La idea de que la mejora de la raza caballar constituía una empresa de relevancia pública ya había quedado en el olvido, pero el enorme atractivo que aún poseían las carreras hacían del hipódromo una verdadera

institución nacional. Allí, frente a un público de masas, se lucían *jockeys* como Leguisamo, Juan Pedro Artigas y Elías Antúnez, pero también los grandes apellidos de la oligarquía, en su doble condición de dueños de casa y de propietarios de los mejores caballos de carrera. Eran estos personajes los que, en medio del aplauso de la multitud, llevaban de la brida a los purasangres triunfadores hacia la ceremonia del pesaje y la entrega de premios.

Es importante enfatizar que, en la Argentina de mediados de siglo, los ecos de este espectáculo no quedaban encerrados dentro de los muros del hipódromo. En nuestros días, el turf solamente interesa a una minoría en retroceso. La Argentina de mediados de siglo era, todavía, un país burrero. Las grandes carreras del calendario hípico –el Gran Premio Nacional, el Gran Premio Internacional Carlos Pellegrini, etcétera– concitaban una vasta atención popular. Al día siguiente, la imagen del caballo ganador y de su propietario era reproducida en las páginas de carreras de todos los diarios del país y, además, ocupaba un lugar de relieve en los noticieros cinematográficos. Esos retratos servían para recordarle a los nuevos dominadores del Estado que la clase alta tradicional poseía un lugar legítimo en la vida pública y que, asimismo, el gran espectáculo deportivo de impronta elitista que tenía por animadores a esos apellidos de alcurnia contaba con un enorme séquito plebeyo. No hace falta subrayar que esto era especialmente problemático para un Gobierno que, como el de Perón, se proclamaba el único representante auténtico de lo popular. Así, pues, en los años peronistas, y como nunca antes, el drama representado en el hipódromo puso de relieve que en la Argentina existían al menos dos maneras de concebir el lugar público de la clase alta, que a su vez evocaban dos modos bien distintos de concebir la relación entre élites y masas.

## Los actores del hipódromo peronista

Imaginado como un territorio enemigo, y nada fácil de



conquistar, el Gobierno peronista hizo todo lo posible por quitarle relevancia pública al hipódromo. Durante su presidencia, Perón sistemáticamente declinó la invitación a presenciar el Gran Premio Nacional con que se honraba a todo jefe de Estado desde los tiempos de Julio Roca. Su Gobierno también puso más presión fiscal sobre los ingresos del hipódromo, continuando así una línea ya inaugurada por los jefes militares que alcanzaron el poder tras el golpe de Estado del 4 de junio de 1943.

Más importantes que sus ausencias y su interés por recaudar fueron sus iniciativas dirigidas a promover la constitución de organizaciones sindicales. A fines de 1943 se habían sentado las bases de un sindicato de vareadores (esto es, peones de caballerizas). Esta organización debió esperar hasta finales de 1945, cuando se consolidó el influjo de Perón sobre el gobierno militar, para obtener su personería jurídica. Poco después surgieron la Asociación Gremial del Personal de los Hipódromos de Buenos Aires y San Isidro, la Asociación Gremial de Cuidadores y Jockeys y la Asociación Gremial y Mutual Profesionales del Turf. En todos los casos, la fuerza detrás de estos avances sindicales era la Secretaría de Trabajo y Previsión.

El arribo del poder sindical al hipódromo, sin embargo, tuvo consecuencias relativamente acotadas. Para explicar por qué hasta entonces este ámbito se había mantenido virgen de organización sindical y, más importante, por qué desde entonces esta nunca logró convertirse en un foco de autoridad alternativo al del Jockey Club, hay que recordar que la resistencia a la implantación del poder obrero no provenía únicamente de los dueños del hipódromo o los mayores propietarios de caballos de carrera. En torno a la cuestión sindical, estos actores contaban con el apoyo implícito de los jinetes y entrenadores de mayor renombre, siempre reacios a poner en discusión los privilegios que tanto les había costado alcanzar. En ese medio que la izquierda siempre había visto como ajeno a la cultura de clase, y en el que los trabajadores más exitosos tenían abierto el camino al éxito económico —pues obrero y popular solía ser el origen tanto de los jinetes como de los cuidadores y entrenadores—, no era fácil arraigar el principio de la solidaridad gremial. Al igual que en el fútbol, las estrellas del espec-

táculo no comprendían la necesidad de someterse a restricciones de naturaleza sindical que las igualaban con figuras de menor gravitación a las que solo las unía un común pasado de privaciones. De allí que la alteración del equilibrio de poder y prestigio entre los deportistas y entrenadores más afamados (y mejor remunerados) y los señores del turf que tuvo lugar en las décadas de entreguerras no abrió el camino para un cuestionamiento más general de las prerrogativas de los grandes propietarios o del Jockey Club. De hecho, una vez instaladas, las organizaciones de cuidadores y *jockeys* nunca pudieron contar con el liderazgo de los profesionales de primer nivel.

Algo similar puede decirse respecto de los peones de cabaillerizas, que constituían el grupo de trabajadores más numeroso y peor remunerado del mundo del turf (aunque es difícil precisar su número, este no debía bajar de cuatro mil solo en los hipódromos de Buenos Aires). Basta una rápida ojeada a la revista del sindicato de vareadores para advertir que esta organización de sólida lealtad peronista dirigía todas sus impugnaciones hacia los cuidadores, sus empleadores directos, a los que denunciaba como representantes del viejo orden abolido por la Revolución de junio de 1943 y su heredero constitucional. Para el Jockey Club, en cambio, *Obreros del Turf* no tenía sino palabras de elogio (*Obreros del Turf*, octubre de 1945).

Contra la imagen habitual que describe al Jockey Club como el reducto de una oligarquía egoísta e indiferente a la suerte de los trabajadores, la publicación de los peones de cabaillerizas lo retrataba bajo una luz notablemente benigna. No debe confundirse a esta organización con un sindicato amarillo. Para explicar su posicionamiento hay que recordar que, en la era peronista, el Jockey Club se comportó como un benefactor tanto de los trabajadores como de su organización gremial, erigiéndose en el principal instrumento a través del cual llegó al hipódromo el cambio en las condiciones laborales característico de la era peronista. Desde 1946, los afiliados al sindicato de vareadores recibieron un complemento salarial pagado por el Jockey Club, así como varios otros beneficios adicionales. Los jefes sindicales también aprovecharon su relación con los dueños del hipódromo para obtener recursos para su organización. Así, por ejemplo, el sindicato recibió donaciones que



servieron para pagar, entre otras cosas, la sede social y las instalaciones deportivas (con cancha de básquet, paleta y bochas). Más importante, el Jockey Club firmó un convenio por el cual se comprometía a girar automáticamente la cuota sindical a las arcas del gremio, descontándola de los aportes con los que complementaba el sueldo de los trabajadores. La solidez de las finanzas del sindicato de vareadores dependió, en gran medida, del auxilio del Jockey Club. En síntesis, y por curioso que parezca, esta institución elitista fue una aliada fundamental de los trabajadores del turf tanto para la expansión de los derechos laborales como para la consolidación de su organización gremial.

Así, pues, mientras en esos años muchos sectores de actividad atravesaban la experiencia del desafío obrero a las prerrogativas de la autoridad patronal, para los obreros del turf esa etapa supuso una novedad de otra naturaleza: la necesidad de compatibilizar su lealtad hacia un Gobierno con el que se identificaban estrechamente con su alianza con el Jockey Club. Aun cuando el sindicato de vareadores percibía con claridad los beneficios de este posicionamiento, esta doble asociación deja pendiente una serie de interrogantes sobre la manera en que los trabajadores concibieron su relación con una institución que en muchos aspectos representaba al sistema de jerarquías sociales erigido antes del centenario. Sin embargo, los pronunciamientos de *Obreros del Turf* sugieren que su adhesión simultánea a ambos polos de poder no les resultaba intrínsecamente problemática. La retórica de este vocero gremial estaba subtendida por una cosmovisión encuadrada en parámetros clasistas, que celebraba el valor y la dignidad del trabajo manual. Pero esta afirmación de las virtudes obreras no suponía un antagonismo irreductible con el capital. En *Obreros del Turf*, el conflicto social aparecía como un fenómeno de relevancia acotada que, en rigor, no era constitutivo de las relaciones entabladas en el lugar de trabajo. El mundo ideal de los peones vareadores era una sociedad jerárquica pero ecuaníme, en el que la justicia social se realizaba asegurándole a todos un piso de bienestar y un mínimo de respeto y reconocimiento. En ese mundo, también había lugar para el Jockey Club.



Este vínculo esencialmente colaborativo entre los dueños del hipódromo y los trabajadores del turf no solo primó entre los asalariados de caballerizas. Mucho antes de la llegada de Perón, este tipo de trato ya encuadraba las relaciones del Jockey Club con sus empleados directos. Para 1950, la institución contaba con unos mil quinientos empleados de tiempo completo. Esos trabajadores se ocupaban del mantenimiento de los hipódromos y de proveer la gran oferta de servicios que requería la sede social de la calle Florida. Allí había porteros y personal de limpieza, peluqueros, mozos y cocineros, instructores de deportes y bibliotecarios, empleados administrativos y contadores. También en este caso la concesión de beneficios materiales era el gran lubricante que hacía funcionar la relación entre los propietarios del hipódromo y su ejército de subordinados. De hecho, la solidez económica del Jockey Club había hecho posible la implementación de una generosa política laboral, de impronta paternalista, que ya llevaba más de dos décadas de existencia. Desde 1923, sus empleados contaban con un programa de jubilaciones y pensiones, al que más tarde se le sumaron otros beneficios, como una escuela y un jardín de infantes, además de un servicio de salud.

Los trabajadores de tiempo parcial que realizaban tareas en el hipódromo los días de carreras (porteros, boleteros, pagadores, etcétera) estaban excluidos de muchos de estos programas, pero aun así gozaban de un nivel de ingresos que, comparados con los percibidos en otros sectores, sin duda era considerable. El hecho de que las remuneraciones de los empleados del Jockey Club salieran de los bolsillos de los apostadores que semana a semana dejaban parte de sus ingresos en las boleterías del hipódromo sin duda estaba presente en la mente de muchos de estos trabajadores, temporarios o permanentes, pero ello seguramente no afectaba mucho su percepción de que sus privilegios laborales se los debían a sus poderosos empleadores. La ausencia de toda referencia a reclamos gremiales por parte de los empleados del club es al respecto reveladora.

Al tomar en cuenta la situación laboral que disfrutaban los empleados del Jockey Club antes de 1946 se entiende por qué la revolución distributiva peronista tuvo consecuencias muy



limitadas para estos trabajadores. Esto, por supuesto, restringió el atractivo y el margen de maniobra del nuevo sindicalismo del turf surgido al calor estatal. De hecho, en respuesta a las iniciativas de la Secretaría de Trabajo y Previsión, nació el Sindicato Gremial y Social de Empleados Internos del Jockey Club, el cual reflejó la identificación de muchos trabajadores con sus poderosos empleadores (*La Prensa*, 23 de febrero de 1947). En febrero de 1947, los trabajadores por reunión se lanzaron a la huelga, pero su acción perdió fuerza cuando los empleados internos, la Asociación Gremial y Mutual Profesionales del Turf y otros gremios de la actividad hípica (vareadores, herreros) les quitaron todo apoyo. Hubo, incluso, movilizaciones en contra de la huelga. En medio de la disputa, y reivindicando su condición de representante del sector mayoritario de los trabajadores del hipódromo, un nutrido contingente de afiliados al sindicato de obreros y empleados internos concurrió a la Secretaría de Trabajo y Previsión con el fin de solicitar la reanudación de las actividades que, según afirmaban, habían sido "interrumpidas por el estado de huelga dispuesto por una representación minoritaria del personal por reunión" (*La Prensa*, 7 de marzo de 1947). La segunda y última disputa de la era peronista, la huelga de jinetes y cuidadores de diciembre de 1947, también fracasada en gran medida por la resistencia de los demás gremios del turf, nos confirma que el orden predominante en el hipódromo gozaba del consenso activo de sus trabajadores.

Esta somera reseña de los conflictos del turf refleja que ningún actor del ámbito hípico poseía el poder como para desafiar el modo en que estaba organizado el espectáculo. Las resistencias que suscitaron las medidas de fuerza entre los propios trabajadores del turf muestran que el poder del Jockey Club sobre el mundo del hipódromo se apoyaba en una red de relaciones que no excluía a ningún actor de cierta gravitación. De allí que la emergencia de reclamos dentro del turf requiriese el apoyo de una fuerza externa como la Secretaría de Trabajo y Previsión y que, a la vez, estas demandas tuviesen ambiciones acotadas y alcances limitados.

A partir de 1945 el lenguaje de los derechos laborales y de la justicia social se ganó un lugar en el hipódromo, pero hasta

el conflicto de 1953 —del que nos ocuparemos más abajo— el sistema de gobierno no sufrió cambios de peso. El poder del Jockey Club y de los grandes *studs* sin duda encontró mayores limitaciones, pero no fue desafiado de manera frontal, y mucho menos reemplazado. La perspectiva que nos ofrecen voces gremiales como *Obreros del Turf* pone de manifiesto la capacidad de los viejos dueños del hipódromo para labrarse un lugar en el nuevo escenario abierto con el ascenso de Perón. Es más: el hecho de que el Jockey Club fuese el principal instrumento para la extensión de los nuevos derechos laborales hizo que los lazos entre los trabajadores del hipódromo y el club se vieran no solo preservados, sino incluso reforzados.

## La representación peronista del turf

Este fue el campo de fuerzas en el que el Gobierno peronista debió moverse, y que por más de medio lustro no encontró modo de alterar. En este punto, hay que señalar que las inhibiciones del Gobierno a la hora de cuestionar las prerrogativas del Jockey Club se explican por la dificultad para encontrar apoyos entre los trabajadores del hipódromo, pero también por la popularidad que el turf poseía entre sus propios seguidores. Aun cuando Perón siempre se sintió más atraído por otros deportes —en primer lugar por la esgrima y el boxeo—, sus preferencias personales no fueron en desmedro de un entretenimiento cuya popularidad entre la población adulta, sobre todo entre la de mayor edad, igualaba o superaba a la del fútbol. El presidente nunca expresó animadversión o desdén hacia un espectáculo que, en sintonía con la impronta populista del régimen, consideraba una legítima fuente de entretenimiento para las mayorías. La hostilidad de la jerarquía peronista hacia la élite del hipódromo sin duda existía, tal como lo indica el recordado episodio de la instalación, instigada por el Gobierno municipal, de un puesto de venta ambulante de pescado frente a la escalinata de ingreso a la sede del Jockey



Club en la calle Florida. Pero esta agresión no supuso formas más directas y efectivas de impugnación, y debió convivir con el respeto a un deporte que gozaba de grandes apoyos en las filas peronistas, tanto entre el común de sus seguidores como entre sus figuras de primer plano (de Carlos Aloé a Jorge Antonio).

En sintonía con el sesgo populista de su política cultural, el Gobierno siempre se mostró concesivo hacia una actividad que atraía a muchos de sus simpatizantes y a no pocos de sus cuadros. La manera en que enfrentó los problemas que le planteaba el hipódromo se refleja en la prensa oficialista. Como es sabido, la línea editorial de los medios colocados bajo la órbita de Raúl Apold era definida de acuerdo a instrucciones surgidas de la cumbre del régimen. *Mundo Deportivo*, la publicación estrella de la prensa oficialista, ofrece una buena ilustración del tratamiento que recibía el turf. Esta variante peronista de la revista *El Gráfico* fue una activa promotora del hipódromo, al que desde su aparición en 1949 dedicó una sección fija. Pero este medio ofreció una visión populista de las carreras de caballos, en la cual la atención se concentraba en la pista y las tribunas populares, en desmedro de los espacios dominados por los socios del Jockey Club. Señalemos, de paso, que el hecho de que el turf tuviera un lugar asegurado en la revista deportiva insignia de la constelación de medios oficialistas revela que, para la concepción peronista, las carreras de caballos no eran solo un espectáculo, sino que poseían un lugar legítimo en el universo deportivo.

*Mundo Deportivo* le otorgó una considerable importancia al turf. En su primer número, esta revista afirmaba que “vivir en esta ciudad y no conocer el hipódromo” era tan raro –y tan reprochable– como “no conocer el Colón o la Catedral”. Para entonces, se enorgullecía, el turf estaba en todas partes: “Si viaja en el tranvía, en el ómnibus, en el colectivo o en el tren, será difícil que no oiga una conversación en voz alta sobre los motivos por los que perdió este caballo o por qué aquel jockey fue a menos con un favorito” (*Mundo Deportivo*, marzo de 1949: 74). Los grandes jinetes eran retratados de manera positiva, como estrellas deportivas merecedoras de respeto y reconocimiento. La publicación dedicó una de sus primeras

tapas a Leguisamo, y también destinó espacio a otras estrellas de la pista, como Acosta, a quien calificó como un “prototipo de caballerosidad” (*Mundo Deportivo*, mayo de 1949: 32-33).

Una aproximación similar se advierte en otros medios gráficos controlados por el Gobierno o afines a él, como es el caso de *La Prensa*. Expropiado en abril de 1951 y desde entonces cedido a la central sindical, el matutino de los Paz también adoptó esta visión populista del turf, festejando cada vez que el hipódromo alcanzaba un nuevo récord en la cantidad de carreras disputadas o el volumen apostado.<sup>2</sup> Lo mismo se observa en *Democracia*. Al igual que muchos otros diarios oficialistas o filoperonistas (*Clarín*, *Crítica*, *El Laborista*, *La Época*, *La Fija*, *La Razón*, *Noticias Gráficas*, etcétera), *Democracia* ofrecía sus propios pronósticos sobre el resultado de las carreras. Y entre loa y loa a Perón y a Evita se hacía lugar para llamar la atención del lector sobre el crecimiento del turf, al que concebía como uno de los tantos logros de la Nueva Argentina (Solitro, 1951: 63). En todos estos relatos, la élite del turf siempre quedaba en un segundo plano.

## El auge del turf

¿Cómo hizo el Jockey Club para afrontar las erogaciones que cayeron sobre sus espaldas como consecuencia de las mejoras salariales de la era peronista? Para responder esta pregunta es preciso recordar que, gracias a esta mejora del salario que acompañó el arribo de Perón al poder, el público de Palermo, que se había mantenido en torno al millón de espectadores al año entre el centenario y la Segunda Guerra Mundial, saltó a 1,7 millón para 1947, y desde entonces siguió creciendo (*Revista de Estadística Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, octubre-diciembre, 1947: 382). Beneficiario indirecto de la bonanza popular, el Jockey Club celebraba el

---

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, la edición de *La Prensa* del 6 de septiembre de 1954.



“considerable incremento de las apuestas” y de la cantidad de espectadores que había tenido lugar en los años previos (1946: 53). En los años siguientes, nuevas obras ampliaron la capacidad de las tribunas populares de sus dos estadios.

Este auge de boleterías fue acompañado por voces de los impugnadores morales del turf y de las apuestas, a su vez rebatidas por los defensores del turf y del peronismo. “Si hoy el pueblo gasta millones y millones cada domingo en las boleterías del hipódromo, no ha de ser, seguramente, porque está en la miseria”, decía *La Época*, y agregaba que “el incremento del juego es un fenómeno típico de la prosperidad” (citado en Solitro, 1951: 160). Lo cierto es que ya para fines de la década de 1940 se vendían entre dos y tres veces más boletos que en los mejores años de la década de 1920 (Solitro, 1951: 100-101). Visto en perspectiva, es indudable que este incremento de la recaudación fue el factor que permitió compatibilizar el aumento de los salarios para los trabajadores del turf con un continuo superávit en las cuentas del hipódromo. Pese a las críticas de uno y otro lado, en esta cuestión el Jockey Club y el peronismo tuvieron su principal punto de encuentro.

De hecho, la prensa peronista una y otra vez festejó esta fuerte expansión de la concurrencia a las carreras, a la que veía como un símbolo de la mejora de la condición de las mayorías. El 2 octubre de 1949, *La Razón* decía que “las reuniones hípicas de la Capital Federal, San Isidro, La Plata, Rosario y otras ciudades del interior llevan concursos nutridos y las apuestas alcanzan cifras fantásticas”. En los años siguientes, esas “cifras fantásticas” siguieron creciendo: más carreras, más público, más apuestas, más mejoras en los estadios. En noviembre de 1952, San Isidro vivió la jornada más concurrida de toda su historia, y una de las más dramáticas, cuando unos 102000 espectadores desbordaron la capacidad del estadio para ver a Yatasto, *el caballo del pueblo peronista*, montado por Leguisamo, correr el Carlos Pellegrini.

Hay que notar que, para entonces, la revolución distributiva peronista había llegado a su fin, y el Gobierno predicaba el evangelio de la moderación. Sin embargo, Perón no se volvió contra las carreras de caballos. Como parte del llamado a la templanza que marcó su segunda presidencia, al comienzo

de la misma el presidente instó a sus seguidores a “limitar la concurrencia al hipódromo, los cabarets y las salas de juego a lo que permitan los medios, después de haber satisfecho las necesidades esenciales” (*La Razón*, 19 de febrero de 1952). Así, pues, cuando el régimen ya había puesto fin a la fiesta de consumo y prestaba más atención a la mejora de la productividad que al incremento del bienestar de las mayorías, el hipódromo no le merecía más reparo que el que surgía de su carácter de necesidad de segundo orden.

## El choque final

A comienzos de la década de 1950, pues, el turf parecía haber aceptado al peronismo y el peronismo, al turf. Atilio Solitro (1951) lo expresaba con el argumento de que, en lo que concernía a las carreras de caballos, Perón debía ser considerado como el heredero y continuador de Pellegrini. Otros publicistas de la constelación oficialista preferían no establecer un lazo tan estrecho entre el presidente de la era oligárquica y el jefe de Estado entonces en funciones. Pero la visión dominante en la prensa oficialista daba a entender que, visto desde el interior del hipódromo, el peronismo y el Jockey Club podían entenderse y convivir.

Y es probable que ello hubiera sucedido de no haberse producido el fuerte incremento de la violencia política que signó a la segunda presidencia de Perón. De hecho, el acomodamiento entre el Gobierno y el hipódromo no logró sobrevivir a la crisis del otoño de 1953. Allí se puso de relieve que, para algunos sectores de una fuerza populista y antielitista como el peronismo, el hipódromo no era un problema, pero el Jockey Club nunca había dejado de serlo. Como era previsible, el choque se gestó afuera del hipódromo, como un coletazo de los choques de abril y mayo de ese año.

Los sucesos son conocidos. El 15 de abril, mientras el presidente Perón arengaba a sus seguidores en la Plaza de Mayo, dos artefactos explosivos estallaron en medio de la multitud.



Ese crimen segó la vida de cinco personas y dejó varias decenas de heridos. El primer mandatario reaccionó ante el atentado terrorista invitando al escarmiento (“Vamos a tener que volver a la época de andar con el alambre de fardo en el bolsillo”; “Eso de la leña que ustedes me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla?”). Luego vino la venganza, que adoptó la forma de violencia administrada. Esa noche, la sede del Jockey Club fue incendiada por manifestantes —presumiblemente de la derechista Alianza Libertadora Nacionalista— que actuaron con la anuencia y bajo la protección de las autoridades. Las medidas lanzadas contra la institución fueron parte de una iniciativa más amplia, dirigida a castigar a los supuestos enemigos del régimen. De hecho, la misma noche de la quema del palacio de la calle Florida también ardieron las sedes del Partido Socialista, del Partido Demócrata Nacional y de la Unión Cívica Radical. Pocas semanas después, el Poder Ejecutivo envió al Congreso un proyecto de ley para despojar al Jockey Club de su personería jurídica y privarlo de todos sus bienes. La iniciativa parlamentaria fue tratada velozmente y, dos días más tarde, el Jockey Club de Buenos Aires había dejado de existir. Pocos días después, su similar de La Plata corrió la misma suerte.

El club fundado por Pellegrini no solo perdió el control del hipódromo de Palermo, cuya concesión explotaba desde 1883, sino también la propiedad de su estadio de San Isidro. El Jockey Club fue privado de todas sus funciones como órgano rector del turf nacional. Más aún, el club fue disuelto y perdió todo su patrimonio. Sus socios debieron esperar al derrocamiento de Perón para reclamar la recuperación de su personería jurídica y, más tarde, la restitución de los bienes que les fueron incautados.

¿Qué sucedió a partir de ese momento? En un punto, el Gobierno se encontró en un callejón sin salida. Podía eliminar al Jockey Club, pero, si quería mantener con vida al hipódromo, no tenía más opción que ponerse de acuerdo con quienes integraban esta institución. Los poderosos carreristas del Jockey Club eran los únicos que poseían los recursos y la capacidad para mantener una actividad tan costosa en movimiento. Y el Gobierno lo sabía bien. De allí que la primera



medida que tomó Alberto Rodríguez Fox, el interventor designado al frente de los hipódromos estatizados en mayo de 1953, fue constituir una nueva Comisión de Carreras compuesta en su totalidad por dirigentes de la Asociación de Propietarios de Caballos de Carrera –Carlos Menditeguy, Antonio Suaya, Alberto Urani y Ángel Acosta– y de la Asociación de Criadores –Juan Carlos Chevallier, Ezequiel Fernández Guerrico, Alberto Leloir y Eduardo Solveyra Tomkinson– (*La Prensa*, 24 de mayo de 1953). De este modo, aun si algunos de los grandes nombres de la Comisión de Carreras del Jockey Club debieron abandonar la escena, la composición del nuevo órgano rector de la actividad, integrado por figuras de larga trayectoria en el turf, no innovaba demasiado en cuanto a la manera de concebir el funcionamiento del hipódromo o los intereses que venía a representar. Tanto es así que en la nueva comisión predominaban ampliamente los miembros del Jockey Club (de todos los mencionados, el único que no aparece en el listado de socios de 1951 es Urani).

El hipódromo estatizado, pues, convocó al centro del escenario a los mismos actores que el Gobierno había golpeado en la crisis de abril. Los anuncios con los que Rodríguez Fox quiso marcar la llegada de un nuevo orden al hipódromo se refirieron a la rebaja de los precios en los restaurantes y a la reducción del monto de la apuesta mínima. Tras esta pobre cortina de humo, el resto permaneció más o menos como estaba. A fines de la siguiente temporada, la prensa oficialista podía volver a celebrar una nueva expansión del hipódromo que, con los protagonistas de siempre, ofrecía más carreras, más público y más apuestas (*Democracia*, 27 de diciembre de 1954).

Es indudable, sin embargo, que el abrupto cambio en el sistema de administración de los grandes hipódromos introdujo un factor que perturbó el normal desarrollo de la actividad. Y ello no solo porque introdujo administradores sin una sólida trayectoria en este ámbito. Aun cuando para el peronismo el problema no eran los caballos, sino el Jockey Club, desde el punto de vista del funcionamiento del hipódromo ambos términos no eran tan fáciles de escindir. Una actividad tan compleja, cuyo funcionamiento dependía del liderazgo y la contribución material de un grupo que se percibía hostiliza-



do, no podía salir indemne de esa profunda alteración de su marco regulatorio. La incertidumbre sobre el futuro se volvió un elemento en la ecuación que daba forma al turf, con consecuencias que comenzaron a hacerse visibles en el mediano y largo plazo. Por otra parte, el de 1953 fue solamente el primero de varios cambios de administrador que el hipódromo experimentó en el tercer cuarto del siglo xx. En este aspecto, la estatización marcó el comienzo de un período de inestabilidad y dificultades que, amén de incidir negativamente en la inversión en los costosos caballos importados que eran necesarios para mantener el progreso del turf, tuvo también un efecto negativo sobre los proyectos de modernización de los estadios. Al cabo de algunos años, estos problemas comenzaron a notarse. “¿Cómo es posible que en Palermo estén privadas de techo las ventanillas donde la gente debe hacer cola diez, quince o veinte minutos para jugar, bajo la lluvia o un sol intenso?”, se quejaba algunos años más tarde un hombre del medio, denunciando la falta de inversión (De la Cruz, 1979: 119). Todo ello fue volviendo menos atractivo lo que el hipódromo tenía para ofrecer, contribuyendo a su declinación.

Sin embargo, esto es solo parte de la historia, y no necesariamente la de mayor importancia. Pues la puja entre el peronismo y el Jockey Club golpeó la estructura organizativa y las fuentes de recursos de una actividad cuyo momento de gloria había pasado. En relación con este punto, una cuestión merece atención, y es que los *turfmen* de la era peronista carecían de una gravitación económica equivalente a los de la generación que había dominado el hipódromo en la era dorada de la Argentina agroexportadora. Tras la Gran Depresión, las cosas fueron cada vez más difíciles para esa élite de base esencialmente agraria. Hacia mediados de siglo, esos actores ya no estaban en condiciones de volcar sobre los haras y las pistas una masa de recursos capaz de mantener al turf argentino entre los primeros del mundo. Los tiempos de Saturnino Unzué, Jorge Atucha y Eduardo Martínez de Hoz, que habían gastado enormes fortunas para elevar sus nombres y de paso hacer brillar al turf argentino, quedaron atrás. La derrota de los caballos argentinos frente a los brasileños en las carreras internacionales organizadas para conmemorar los 150 años de

la Revolución de Mayo fue la primera gran señal de alarma. Tras esa *debacle del sesquicentenario*, quedó claro que el turf nacional ya no imperaba en América Latina.

La pérdida de poder de fuego de los grandes propietarios tuvo consecuencias perdurables porque los recursos que captaba el turf, vía entradas y apuestas, también comenzaban un ciclo descendente. Desde la década de 1930, el hipódromo había venido acompañando las transformaciones de la oferta de espectáculos deportivos de manera cada vez más pasiva, sin experimentar mayores innovaciones en la orientación de sus propuestas. En este sentido, es claro que el auge de los años peronistas fue su última primavera, cuyo hito más recordado fue el mencionado Pellegrini de noviembre de 1952, en que el hipódromo de San Isidro vio desbordada su capacidad. Pero ese momento excepcional se explica mejor por la generosa política salarial vigente en esos años que por la capacidad del turf para reformular su imagen de modo de atraer a los nuevos segmentos del público (jóvenes, mujeres) que por entonces engrosaban la audiencia de los espectáculos deportivos.

Así, pues, en un momento en el que crecía a gran ritmo el gusto popular por el deporte y el espectáculo deportivo, el turf lograba captar únicamente una fracción de ese interés. Y es que el futuro ya no pertenecía al caballo, sino al automóvil —nuevo emblema de la velocidad—, al boxeo y sobre todo al fútbol. Tanto es así que, desde la década de 1960, la concurrencia al hipódromo y el volumen de apuestas empezaron a contraerse, y desde entonces disminuyen año tras año. Es probable que una trayectoria política menos agitada hubiese creado mejores condiciones para que el turf buscara modos más eficaces de atenuar este retroceso. Es lo que sucedió en las grandes naciones carreristas del hemisferio norte —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos—, donde el mundo del caballo también perdió terreno frente a la nueva oferta deportiva, aunque de manera más paulatina que en nuestro país. Pero, más allá de esas especulaciones, es claro que la declinación del hipódromo era un fenómeno inscripto en el signo de los tiempos, que un peronismo más benigno con el Jockey Club hubiese podido hacer más lento, pero de ninguna manera evitar.



## Bibliografía

---

- DE LA CRUZ, Juan, *El turf y yo*. Buenos Aires, Corregidor, 1979.
- DEMOCRACIA, 27 de diciembre de 1954.
- DEMOCRACIA, 30 de noviembre de 1952.
- HORA, Roy, *Historia del turf argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- JOCKEY CLUB, *Memoria y balance 1946, 1946*.
- LA PRENSA, 23 de febrero de 1947.
- LA PRENSA, 7 de marzo de 1947.
- LA PRENSA, 24 de mayo de 1953.
- LA PRENSA, 6 de septiembre de 1954.
- LA RAZÓN, 2 de octubre de 1949.
- LA RAZÓN, 19 de febrero de 1952.
- MUNDO DEPORTIVO, año I, n.º1, marzo de 1949.
- MUNDO DEPORTIVO, año I, n.º5, mayo de 1949.
- OBREEROS DEL TURF, vol. I, n.º4, octubre de 1945.
- REVISTA DE ESTADÍSTICA MUNICIPAL DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, vol. LX, n.º673, octubre-diciembre de 1947.
- SOLITRO, Atilio, *Desde Carlos Pellegrini a Juan Perón*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Yunque, 1951.